

# VIVAMOS el EVANGELIO

PALABRAS  
PARA VIVIR

Chiara Lubich | Palabra de Vida de marzo de 2005  
Adaptada por el Centro Internacional de Chicos por un Mundo Unido

“Dios mio, Dios mio,  
¿Por qué me has  
abandonado?”

(Mt 27,46)



No hay en nuestra vida una realidad más misteriosa que el dolor.

Quisieramos evitarlo pero, tarde o temprano, siempre llega. Desde un banal dolor de cabeza, que parece contaminar las acciones cotidianas más simples, a la humillación por un examen que no nos ha salido bien. Desde el accidente de tráfico que nos arrebató un amigo o un familiar hasta la angustia por las guerras, el terrorismo, las catástrofes naturales...

Ante el dolor nos sentimos impotentes.

Incluso quien está a nuestro lado y nos quiere, muchas veces es incapaz de ayudarnos a resolverlo. Sin embargo a veces nos basta con que alguien lo comparta con nosotros, quizás en silencio.

Esto es lo que hizo Jesús: vino a estar junto a cada hombre, a cada mujer, hasta compartir todo lo nuestro. Y cargó en sus espaldas nuestro dolor, se hizo dolor con nosotros, hasta el punto de gritar:

“Dios mio, Dios mio,  
¿Por qué me has  
abandonado?”

Jesús cuando estaba en la cruz, en el momento en el que parece experimentar la lejanía infinita del Padre, con un esfuerzo inmenso e inimaginable, cree en su amor y se vuelve a confiar totalmente a Él:

**“PADRE, EN TUS MANOS  
ENCOMIENDO MI ESPÍRITU**

Cuando sentimos un dolor fuerte, cualquier dolor, también nosotros con un gran esfuerzo y creyendo en su Amor tratemos de decir:

**“EN ESTE DOLOR TE AMO A TÍ, JESÚS ABANDONADO.  
ERES TÚ QUE HACIENDO TUYO MI DOLOR, VIENES  
A VISITARME, ¡POR ESTO TE ABRAZO!”**

**ESTE AMOR  
ATRAE LOS DONES DEL  
ESPÍRITU SANTO: PAZ,  
LUZ, RESPLANDECE EN  
NOSOTROS UNA ALEGRÍA  
ESPECIAL.**



## EXPERIENCIAS DEL MUNDO

Hace algún tiempo, de repente y sin ningún motivo concreto, pensé que todo sería más fácil si dejaba de vivir el Evangelio y así no tenía que hacer ningún esfuerzo por ser la “primera” en amar, por amar a “todos”.

**Ya no creía, todo parecía inútil, casi estúpido: ¡había perdido a Jesús! Fue terrible, estaba sola y no era feliz. Una parte de mí quería a Jesús, la otra parte lo rechazaba.**

Recé mucho, aunque me parecía que Él no me respondía. Un domingo por la tarde fui a misa: prácticamente no seguí nada, no estaba a gusto. Me sentía muy triste.

Entonces levanté los ojos y vi el crucifijo: aquí está Jesús que en la cruz grita porque se siente abandonado por el Padre. **Ese crucifijo era especial, porque yo también me sentía así, abandonada. Parecía que estaba allí para mí.**

Fue la ocasión para entrar en mi dolor, amaba a Jesús porque lo había reconocido escondido también en mi tristeza, en mis dudas.

**En ese momento sentí una enorme alegría en mi interior. Realmente pensé que tenía mucha suerte, le di gracias a Dios: nunca había sentido un amor tan grande.**

(A. España)

